

AUTOBIOGRAFÍAS INVENTADAS

POR HUGO SÁEZ

Si después de que yo muera quieren escribir mi biografía,
no hay nada más sencillo.

Hay solo dos fechas; la de mi nacimiento y la de mi muerte.

Entre una y otra, todos los días son míos.

Alberto Caeiro, otro heterónimo de Fernando Pessoa.

* * *

Con algunas mentiritas, me adelanto a compartir momentos.

Caminante, las autopistas son peligrosas para las bicicletas

En realidad, todavía no sé cómo vine a escribir un diario –y menos, de filosofía- si yo desde mi tierna infancia sólo quería ser jugador de fútbol; bueno, entre otras aspiraciones heroicas, como peluquero, por ejemplo. Por eso, para aclarar mis dudas y siguiendo el consejo de mi chamana de cabecera, Soledad Ruiz, me puse a rastrear los lugares en que a lo mejor se me prendió este virus de jugar con el pensamiento y el de la expresión escrita. Y he recorrido sitios inimaginables para que se produjera el resultado que ahora presento. Durante cierto tiempo, por accidente feliz de la niñez, vivimos en el campo, junto a un pueblito llamado Real del Padre, precisamente cuando yo empezaba a batirme a duelo con la cultura “superior” en una escuela primaria rural. Desde esa aula –a la que asistí cargando mi silla a raíz de la falta de presupuesto oficial- aprendí a deletrear el nombre de

mi perro preferido, un lejano descendiente de dálmata venido muy a menos: O–ve-ri-to. Ya aceptado en el mundo de las letras –palotes de por medio-, que yo recuerde, el primer libro que leí fue obligatorio en el grado inicial, y se debió a un error, el fundador en una larga lista de metidas de pata, vicio que no he logrado extirpar. Me pidieron el texto de lectura *Ovejita*, que mis padres se cansaron de buscar hasta que desesperados concurren con la maestra (Gloria Franco, todavía me acuerdo de su nombre) y se enteraron de que no era *Ovejita* sino *Abejita*. Creo entender por ese detalle la prosapia de mi semisordera actual. De todos modos, terminaron por adquirir otro que daban como alternativa y se llamaba *Mamá*. Imagínense mi Edipo, abatido por tanta imagen femenina, ya que era costumbre decirnos que la maestra era nuestra segunda madre. Un día la mencionada docente nos pidió que dibujáramos a nuestra progenitora. Quizá era el ensayo clandestino de un test de Rorschach para tantear nuestras personalidades. Todavía me intriga. Me salió tan fea y ancha la muñeca coloreada que no me atrevía a mostrarla a Yocasta, que por esa época era tan flaca que, a contracorriente, hacía un régimen para engordar. Yo viajaba dos kilómetros en bicicleta para llegar al precario edificio de la escuela, en la que tenía compañeros 6 o 7 años mayores que yo. Lo peor es que todavía se estilaban los castigos corporales. A mi mejor amigo, un adolescente que me protegía de los grandotes, lo hincaron en maíz durante la primera hora de clase por no haber hecho “los deberes”. ¡Ay, Freud! ¡Si te hubieran leído! Ya tendrían que haber empezado a desmontar la cultura de la contrarreforma española que todavía nos azota con su perverso látigo de dos puntas: culpa-castigo.

En fin, el primer libro-libro que leí fue el *Tom Sawyer* de Mark Twain. Y me impregné del espíritu aventurero de Tom con su vagabundo amigo Huckleberry Finn. Lo imitaba escapándome a robar cerezas en una finca cercana donde subíamos a un árbol con mi hermana Silvia, que sostenía la cesta en la que cabían las que no devorábamos. Por la destreza simiesca para trepar me identificaba con el Tarzán de la película que con mi papá habíamos visto en blanco y negro. A mis cinco años no me explicaba cómo había personas que se prestaran a actuar en una película donde los mataban en medio de la selva.

¿Sería ingenuidad mía, falta de información o estupidez congénita?

Mi frase preferida para averiguar las irracionales conductas que observaba en la medida que iba descubriendo el mundo era: pregunto yo. Me ocasionó varios problemas porque los adultos optaban por el silencio o el retiro. Tras un disgusto con la autoritaria Yocasta decidí fugarme de la casa. Me despedí de Overito, que se mostró triste, y con una frazada al hombro salí rumbo hacia no sé dónde.

Justamente, la ignorancia de mi destino me llevó a preguntarme a dónde quería llegar. Cuestión ontológica que se volvió iterativa hasta mi avanzada adultez.

Habría caminado unas cinco cuerdas, miré hacia atrás y me acordé de que por la noche cenaríamos sopa de fideos finos, una de mis delicias gastronómicas.

Regresé en silencio y pese a que con heroísmo había anunciado mi abandono del hogar, nadie pronunció palabra alguna de extrañeza por mi retorno después de esa primera salida quijotesca. La conversación se desvió hacia un descuido de mi madre que había olvidado ponerle cuchara al invitado, un tipo muy tímido que intentaba tomar la sopa con un tenedor hasta que advirtieron su esfuerzo infructuoso.

Ese espíritu aventurero “interrumpo” se compensó para mí con la historia de un bandido social, Juan Bautista Bairoletto (me gusta más escribirlo con B que con V, como es usual), que pasó a ser mi ídolo y mi ideal del yo gracias a su vida novelada por radio. En nuestros juegos los niños nos peleábamos por desempeñar el papel de Bairoletto, que era una especie de Robin Hood criollo dedicado a robar a los ricos y repartir a los pobres, además de vivir peleando en contra de la policía malvada. De adulto, con dureza comprendí sus razones. Yo esgrimía un privilegio para protagonizar a mi héroe: en alguna ocasión, el Bairoletto real se había refugiado en la inmensa casa de mi abuelo Luis cuando lo perseguía “la perversa justicia”. Mi papá había rescatado ese episodio en una de las tantas noches en que reunido con sus hermanos relataba anécdotas conocidas que, de todos modos, le pedían *encore* por la maestría de su narración. Entonces, ya no sólo me educaban en mi familia, en la escuela, en los libros, sino también en los medios de comunicación. Nunca he perdido la admiración por aquel tipo extraordinario, aun cuando después me fascinó otro paladín, entonces de la justicia futbolera, el número 10 de River Plate, Enrique Omar Sívori. Ese cabezón melenudo nunca se enteró de que había dejado atónito para toda la vida a un muchachito de ocho años que disfrutaba su endemoniado *dribbling* en las gradas de un estadio de provincia. Y ahí decidí mi destino, no pararía hasta llegar a ser el número diez de la selección nacional. Mis objetivos no admitían medias tintas. Antes de dormirme me relataba a mí mismo los partidos en que convertía goles de increíble factura y habilidad. A pesar de mis extraordinarias condiciones de atacante inclemente (según mi sano juicio), mi entrenador me puso de arquero y en el primer partido

perdimos tres a cero. Me convenció su sinceridad, “mirá, pibe, lo tuyo está en los libros, no en las canchas”.

Por suerte, los libros me enseñaron que la escuela como espacio creador está a punto de desaparecer y que debo volver a la calle para hacer preguntas de filosofía que indaguen a fondo sobre esta etapa de crisis en que la moneda ha sido entronizada como una de las máximas deidades humanas.